

LA IDEA DE AMÉRICA EN VASCONCELOS

Germán POSADA
Universidad del Valle, Colombia

JOSÉ VASCONCELOS ES EL primer pensador de dimensión continental que aparece en la historia de México, según afirma Leopoldo Zea.¹ Antes de Vasconcelos, antes de la Revolución de 1910, “en el campo de la filosofía, las ideas y el pensamiento, México había carecido de figuras que trascendiesen su circunstancia nacional”.² El país no había producido pensadores que fueran “figuras universales como Simón Bolívar o figuras continentales como Martí, Sarmiento o Bello”.³ Sin embargo, el advenimiento de la Revolución, que convirtió a México en “el país líder revolucionario de América”, surge Vasconcelos, un hombre que *igual a con la vida el pensamiento*. “El mismo tipo de hombre que ha caracterizado a los líderes intelectuales de Hispanoamérica. Mitad político, mitad pedagogo... reparte su vida entre la tribuna, el campo de batalla o el aula. Estadista y maestro. Pensador y revolucionario”.⁴ “La obra y el pensamiento de este maestro mexicano —concluye Zea— trascenderán, por primera vez en nuestra historia intelectual, el ámbito de nuestra realidad concreta”.⁵

Lo trascenderán, en efecto, magistralmente. Su magna labor educativa, su preocupación filosófica por el destino hispanoamericano, harán de él el maestro de América por excelencia, tal como le consagró la juventud de Colombia en 1923, y “el ideólogo más original” que, hasta su época, había producido nuestro continente, tal como le llamó el conde de Keyserling al comentar su teoría de *La raza cósmica*.⁶ Pues bien: si no el más original de todos los pensadores americanos, Vasconcelos es, al menos, el primero que logra crear una idea sistemática de América. El primero que consigue superar

ese “genial despliegue de intuiciones” sobre el Nuevo Mundo —característico de los pensadores que le precedieron, entre quienes sobresalen Miranda, Bolívar, Bello, Sarmiento, Martí, Rodó y otros—; el primero que llega a construir una teoría general, una idea *prefilosófica* de América. En esto reside su grandeza. Vasconcelos es, pues, el creador mexicano de la idea de América y el precursor de la filosofía mexicana y americana sobre América, que florece en nuestro tiempo. Pues la tarea de convertir aquella idea *prefilosófica* de América en una preocupación rigurosa y auténticamente filosófica, quedaría encomendada a los pensadores posteriores.

Vasconcelos, creador y precursor. Como creador de la primera gran idea mexicana sobre América se le estudia en estas páginas; que se ocupan de los primeros veinte años de su pensamiento (1905-1924). Como precursor de la actual filosofía de América, el autor de este trabajo remite al lector a las palabras de Abelardo Villegas, quien, al final de su estudio sobre la filosofía en México, afirma que “la corriente más vigorosa de nuestro ambiente filosófico está constituida por esas filosofías de América”⁷ que representan Samuel Ramos, los “trasterrados” españoles, Leopoldo Zea, Edmundo O’Gorman y, originalmente, los miembros del grupo Hiperión; todos ellos continuadores del pensamiento americanista de Vasconcelos. Quien, en definitiva, fue hombre de grandiosas visiones intelectuales; y, con relación a aquellas profundas visiones filosóficas que apenas entrevió y que dos o tres de sus sucesores han llevado a plena conciencia y lucidez, podría decirse de él que “si no venció reyes moros, engendró quien los venciera”.

La raza americana (1905-1911). De su época de estudiante universitario, cuando Vasconcelos asistía a la Escuela de Jurisprudencia de la ciudad de México, allá por el primer lustro de este siglo, datan según se dice, “los esbozos de aquello que constituirá después la parte entrañable de su obra: la formulación de lo que podría llamarse una “Teoría general de América”: “raza, historia, cultura, destino...”⁸

Su tesis profesional, llamada *Teoría dinámica del derecho*

y escrita en abril de 1905, a los veinte y tres años de edad, termina con una vibrante visión del futuro de "nuestra raza latina", creadora de ideales:

Acceptemos, pues, la época presente; recibamos este industrialismo vulgar como transición dolorosa y necesaria que prepara un porvenir mejor. No están con él nuestras simpatías; pero perdonémoslo, porque no lo ahoga todo; aunque el trabajo y las máquinas invadan la tierra, siempre quedará en los cielos un espacio azul donde guardar los ideales. Nuestra raza latina, poco adaptada para las tareas groseras, no irá a la cabeza de los pueblos llevando el estandarte triunfal en estas luchas casi mezquinas: seguirá resignada un movimiento que comprende necesario y conservará su vigor intacto para cuando el ideal florezca, para cuando los industriales hayan puesto al alcance de todos la riqueza y sea la vida un largo ensueño de contemplación y de infinito.⁹

En este párrafo juvenil de Vasconcelos está ya el germen de todo su pensamiento social aplicado al mundo hispanoamericano. Somos, según él, una raza idealista, incapaz de triunfar en una época mecanizada como la actual; hemos de resignarnos a aceptar esta época, porque ella pondrá la riqueza al alcance de todos y abrirá el camino hacia el porvenir ideal; vive oculta en nosotros una fuerza espiritual que nos convertirá en los amos de ese futuro de sapiencia ilimitada. La definición de la vida como "un largo ensueño de contemplación y de infinito" revela ya una visión filosófica del mundo; el autor se presenta, de entrada, como un amante de la sabiduría, como un pensador que empieza a concebir una idea profética de América, a crear una utopía filosófica de la gran patria continental.

1910. México va a celebrar el centenario de su Independencia. La nueva generación intelectual, presidida por José Vasconcelos y Antonio Caso, filósofos, por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, humanistas, ha constituido el Ateneo de la Juventud y se hace presente en las conmemoraciones patrióticas con un ciclo de conferencias sobre la literatura y el pensamiento hispanoamericano: Sor Juana, Lizardi, Barreda, Hostos, Othón, Rodó.,. "Nosotros iniciábamos en el

Ateneo la rehabilitación del pensamiento de la raza", recordará más tarde Vasconcelos, en su autobiografía.¹⁰

Su conferencia ha versado sobre *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas*. El tema es nacional, pero la inquietud que anima al autor es, a un tiempo, americana y europea. Enjuiciando la obra de Barreda, el maestro del positivismo mexicano, a la luz de las filosofías de Schopenhauer, Nietzsche, Bergson y otros pensadores europeos, Vasconcelos habla *en* americano, inspirado por esa voluntad de futuro que ha sido propia de los grandes visionarios de América. Un hombre joven expresa el sentimiento épico y vitalista de un pueblo joven que, a pesar de sus desventuras, tiene fe en su fuerza y en su destino y vive de cara al porvenir. Vasconcelos se siente vivir en un tiempo de "claridad y de mensaje en que el sentir profético anuncia el advenimiento y la elaboración de los credos que guían generaciones".¹¹ Con destino todavía secreto, él se propone elaborar el credo que guíe a las gentes de su generación en toda la América española; pero presente, con genial clarividencia, que no triunfará en todo, que la suya será una obra trunca y que no será en sus días cuando América ascienda a la cima en que él quisiera verla. Por eso, Vasconcelos se prepara para la acción... y para el fracaso, al que mira como un accidente que no debe inspirar temor:

¿El fracaso no es la prolongación de la vida, el aplazamiento de nuestro triunfo, el golpe que nos vence, pero que es incapaz de matar el impulso? Cuando el propósito no se cumple, la fuerza, si perdura, conserva un potencial que la hará volver una y más veces a intentar la acción; así cada derrota hace más larga una lucha tenaz. Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otro y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir... Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomenzar el asalto de la altura. La columna rota es símbolo de un esfuerzo que aguarda otro mañana para volver a bregar.¹²

Con palabras que se han hecho célebres, por su paradójica sabiduría, Vasconcelos abomina de los triunfos fugaces: "el

éxito es estéril y mediocre, se acomoda con el instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes".¹³

Obra trunca, generación, futuro, porvenir, destino, grandeza. Vasconcelos acaba su conferencia de 1910 con un párrafo que encierra todas sus ideas de juventud sobre el país, el continente, la raza:

Obras sin concluir llaman a las generaciones futuras, nos hacen pensar en que la labor inconclusa se completará con los datos que aún no nos vienen, que guarda el destino. Y en el extraño dolor de la espera, un vislumbre del porvenir, rápido y trágico, muestra lo que nos falta inaprehensible y lejano: sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza.¹⁴

El *Leitmotiv* del pensamiento de Vasconcelos es evidente. Al joven maestro le mueve una voluntad de futuro, de futuro hispanoamericano.

Al estallar la Revolución, dos meses después de haber pronunciado su célebre conferencia, Vasconcelos participa activamente en la lucha política. Por eso, en junio de 1911, el Ateneo de la Juventud ofrece un banquete en honor del licenciado revolucionario, "que tan brillantes servicios prestó a la causa del pueblo".¹⁵ En el brindis que pronuncia entonces, el agasajado se pregunta: "¿A dónde llevarán los políticos dominantes nuestra cultura naciente?"¹⁶ y señala luego a sus compañeros el deber de continuar en:

La defensa de los escasos progresos ya conquistados, la construcción de lo que puede llegar a ser un carácter nacional, un perfil definido, quizá un principio de creación del ser mental que está por integrarse realizando la expresión de nuestra raza durante tanto tiempo muda; pero llena de potencialidades, que aguardan cierto acorde de armonía remota para vibrar y cumplirse.¹⁷

La preocupación por la originalidad de la cultura mexicana y la idea de la raza hispanoamericana, muda hoy, pero tácita maestra del porvenir, vuelven a surgir en armonía fecunda. Lo nacional y lo continental no se oponen en Vascon-

celos, sino que mutuamente se requieren y condicionan. El acorde de armonía remota que nuestra raza espera es justamente esa filosofía estética que secretamente pugna ya por erigirse en sistema en el mesiánico pensamiento del gran mexicano.

El mestizaje americano (1916). En el año de 1916, cuando México se halla en plena agitación revolucionaria, Vasconcelos se encuentra en el Perú. Tiene treinta y cuatro años, ha sido ya —aunque fugazmente— secretario de Educación Pública de su país, y es un desterrado de la Revolución. Se perfila acaso, como el más grande y el más discutido de los pensadores americanos de su tiempo. En Lima, por esos días, pronuncia una nueva conferencia, sobre *El movimiento intelectual contemporáneo de México*, que es un ensayo de memorable contenido.¹⁸

A la vuelta de muy hermosas consideraciones sobre su propio destino de Ulises mexicano, errante por América, Vasconcelos expresa muy altos pensamientos sobre el destino del continente criollo, bosqueja luego la historia intelectual del México moderno y define, por último, el espíritu de su propia generación y la labor de todos y cada uno de sus compañeros. Su generación tiene derecho a llamarse nueva, “no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en *estética distinta* de las de sus antecesores inmediatos, en *credo ideal* que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es ni romántico ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de *misticismo fundado en la belleza*; una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas.”¹⁹ Así identifica Vasconcelos, ya explícitamente, el sentido de su generación con el sentido de su propio sistema filosófico, el “monismo estético”, cuyo primer esbozo ha lanzado a la publicidad, en su ensayo sobre *Pitágoras*, ese mismo año de 1916.

Sus pensamientos de entonces sobre el destino americano, exigen consideración aparte, pues en ellos está ya el núcleo de las futuras visiones de *La raza cósmica* (1925), *Indología*

(1926), *Bolivarismo y monroísmo* (1934), que informarán su teoría general de América.

El autor evoca la protección que la diosa Minerva concediera al Ulises griego, perseguido de adverso destino, y asocia aquellas creaciones milenarias "con el estado de los ánimos en este nuestro mundo americano",²⁰ pues, aunque cambien las formas del infortunio y la historia no se repita, todas las épocas tienen de común "el hado de amargura que persigue a los hombres".²¹ "Pero lo que no a todos nos es dado es merecer la protección sagrada de Minerva, gozar el privilegio de ser útiles obreros de una gran empresa, de un poderoso ensueño que redime las penas y las convierte en escala del ideal. Para merecer esta predilección divina es necesario transmutar la pena en noble esfuerzo y poner el espíritu en toda su humildad y en toda su potencia a disposición de la diosa, entregarle, como Ulises, la rueca de nuestros destinos."²²

Vasconcelos revela a su público peruano que aquellas fantasías homéricas entrañan un "enigma de acción": "nada menos que la clave, el secreto de la manera como pueden convertirse los azares personales en contribución del saber y tributo del ideal."²³

Entonces el joven maestro da principios a su primera, breve y gran *sinfonía* de América:

Una nueva Minerva rejuvenecida y de mirar más dilatado es la que preside el desarrollo del grupo de las naciones latinas de América, es la que trabaja en secreto para modelar el alma de la futura gran raza que hoy vive como los griegos del tiempo de Ulises, dispersa y casi incomunicada en medio de un continente mucho más vasto que el antiguo solar helénico.

Minerva contempla nuestro desarrollo, alienta los empujes nobles de nuestras sociedades y parece querernos infundir conciencia de la misión que debemos cumplir en este instante propicio para la integración de las nuevas unidades étnicas, ahora que el dominio de lo físico pone a las almas en condiciones de aplicar sus internas leyes de afinidades y simpatías.²⁴

Una nueva Minerva, una nueva diosa de la sabiduría, o sea una nueva filosofía, creada por americanos y para América, está modelando en secreto el alma de nuestra raza, que

vive dispersa e incomunicada en la desolada vastedad del continente. Filosofar significa, para nosotros, tomar conciencia de nuestra misión de americanos en esta hora del mundo. En esta hora en que la técnica está dominando la naturaleza —o está poniendo la riqueza al alcance de todos, como decía el autor en su tesis de 1905—; en esta hora propicia a la integración de grandes bloques étnicos y culturales, y propicia, ante todo, a la integración del gran bloque hispanoamericano. Integración que ha de cumplirse al aplicar esas “internas leyes de afinidades y simpatías”, contenidas en la filosofía del Nuevo Mundo, que no es otra que la surgiente filosofía del propio Vasconcelos. El nuevo profeta parece decir: *América, levántate; los grandes días están al llegar.*

En la línea de los pensadores Martí y Rodó, de los poetas Darío y Chocano, maestros del americanismo de 1900, Vasconcelos prolonga la predicación continental. Las patrias nacionales se han ensanchado para convertirse en la patria infinita:

El corazón colectivo, rebasando la noción de la patria pequeña, de la patria nacional, busca mayor espacio en el amor de la raza y en el sueño de federaciones y panetnicismos que representen en grado máximo el poder y la ambición, el derecho y el idealismo de los pueblos.

Nuestros países, especialmente, cultivan el doble amor del nacionalismo y del ensueño continental; preparan un advenimiento; son para el futuro organismo inmenso, a manera de colonias celulares que colaboran armoniosas en el progreso del conjunto.²⁵

El mundo entero se prepara a la unidad, por la confederación de las grandes unidades raciales, piensa Vasconcelos en 1916. El mundo entero se prepara a la unidad, por la confederación de las grandes unidades culturales, pensará Arnold Toynbee, el historiador-filósofo inglés, muchos años más tarde. En el mundo sobresale la unidad hispanoamericana, ya actuante, indicadora del porvenir universal, vuelve a decir Vasconcelos. ¿Qué dice de ello Toynbee?

Para nosotros, pasó ya el tiempo de la imitación y la pro-

mesa; apunta ya el día de la creación original y del gran logro. La nueva filosofía ha de iluminar nuestra ruta:

Durante el actual período de composición, debe preocuparnos orientar las tendencias formativas. La nueva experiencia, como todo privilegio, trae consigo responsabilidades; día vendrá en que la historia, desdeñosa de vagas promesas, nos exija frutos maduros y originales, como corresponde a la nueva zona de espíritu que se ha formado por el cambio de medio y la fusión de las razas.²⁶

Originalidad, siempre debida originalidad. Voluntad de futuro es voluntad de originalidad. No somos una segunda edición de España o de los Estados Unidos. La América nuestra —una y múltiple, como el ser— sólo es igual a sí misma.

No somos simplemente una América inconclusa, una América segunda de nuestra vecina del Norte. La sajona fue una América libre y abierta para todos los blancos, hecha con los mismos hijos del continente antiguo, mientras que la nuestra es patria y obra de mestizos, de dos o tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu.

Nosotros no hemos reproducido la sociedad española en el mismo grado en que los norteamericanos reproducen las sociedades sajonas. Desde el principio, al mezclarse con el indio, el español se separa de su tronco y el indio abandona el suyo. Querer volver a uno u otro temperamento es renegar de los hechos y asustarse con la vida. Porque no tenemos pasado, nuestro genio es ávido y versátil, contiene hondas remembranzas, pero repugna lo medido y lo monótono y sólo se sacia con la amplitud de lo universal.²⁷

Ha surgido el argumento del mestizaje americano, que será el motivo central de *La raza cósmica*, libro escrito ocho o nueve años después de esta conferencia de Lima. Nuestro mestizaje —dice y no hay que olvidarlo— es sanguíneo y es espiritual. Somos herederos “de dos o tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu”. Somos americanos —ni indios, ni españoles, ni africanos, sino síntesis inédita de todos ellos—, y nuestro genio “sólo se sacia con la amplitud de lo universal”. He aquí la primera respuesta del joven pensador a la pregunta básica de una necesaria ontología americana: ¿Qué es América?, ¿qué somos los americanos?

“Dios mío, ¿qué es España?”, se ha preguntado dos años antes el joven filósofo español José Ortega y Gasset, en sus célebre *Meditaciones del Quijote*. (1914).²⁸ Con paralelo impulso, desde su propia circunstancia americana, Vasconcelos se ha planteado también la pregunta por el ser de América. Ortega se responde a sí mismo y a sus compatriotas, por la vía histórico-filosófica, en *España invertebrada* (1922) y en el fervor patriótico de toda su obra. Por modo semejante —y en ningún sentido derivado del colega español—, Vasconcelos se responde a sí mismo y a sus compatriotas del continente y de España, o sea de todo el mundo hispánico, por la vía histórico-filosófica, en *La raza cósmica* (1925), en *Indología* (1926) y en el fervor americano de toda su obra.

Sólo con la amplitud de lo universal se sacia nuestro genio, ha dicho. Partiendo de esta tierra, nuestro espíritu se dispara hacia la altura infinita:

Así lo han comprendido la mayor parte de los fundadores de nuestras nacionalidades; por eso llamaron a todos los hombres y formularon constituciones y planes destinados a modificar las leyes del odio y a hacer triunfar sobre la confusión y la antítesis, palingenias redentoras, multitudes ebrias de energía depurada y generosa.²⁹

Nuestro mestizaje de “tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu” se ha intensificado con la aportación universal de hombres y de ideas, pero ha conservado sus iniciales directrices:

A nuestro romper de fronteras y solicitar de esfuerzos correspondió el mundo enviándonos de todas partes corrientes de energía, en hombres y en ideas, y todas ellas, con la simiente nuestra, laten difusas a través del período de formación, pero no sin revelar el propósito de no hacer más reproducciones y sí de intentar, con el candor que da la fuerza, la aventura de lo ilimitado y perennemente progresivo que el alma humana lleva siglos de soñar.³⁰

¿Será realizable, efectivamente, esta voluntad americana de originalidad? Por un momento, el pensador parece vacilar:

Si este ideal propio no perdura y vence, si únicamente progresos materiales y vagas nociones éticas van conformando el sentir nacional de estos nuevos países, tan sólo lograremos fundar otro efímero imperio como tantos que han sido y han pasado sin dejar huella imborrable en la historia del espíritu. Peor aún; si continuamos débiles, nuestras vidas no pasarán de ser reflejos y caricaturas; nuestra experiencia toda, un fracaso, y cierto sólo que fue malsano el deseo que unió parejas sin respeto del instinto que separa las razas disímiles.³¹

Vasconcelos llega a dudar de la bondad de nuestro mestizaje, de nuestra realidad ontológica de mestizos:

Mas no es esta la hora de la duda, sino la hora de la acción: por ende, seguiremos adelante con nuestra fe criolla de universal amor, encauzaremos las potencias todas de la compleja raza y, organizada por tribus y por naciones, la entregaremos a Minerva para que ella las dirija en la conquista de la nueva Ilión que está por nacer en los espacios del alma.³²

En estas palabras se revela, no ya el pensador y el profeta, sino el hombre de acción, el conductor espiritual de su pueblo, que afirma: *seguiremos adelante... encauzaremos las potencias... la entregaremos a Minerva...* No en vano Vasconcelos es el heredero espiritual de Quetzalcóatl y Bartolomé de las Casas, de Miranda y el Libertador Bolívar, de Bello y Sarmiento, de Martí y Rodó, de Darío y los otros maestros de América, creadores de nuestra tradición espiritual, prohombres que, como Fausto, han podido exclamar: "Yo abro espacios a millones de hombres".³³

La labor de integración americana no es, fundamentalmente, política, económica ni militar; es, ante todo, labor intelectual, ideológica, de pensamiento; es labor filosófica, ya que la filosofía es la espina dorsal de toda cultura. La nueva filosofía americana ha de dirigir la obra de nuestra integración espiritual:

El género de cooperación que esta empresa requiere no se afianza con embajadas suntuosas, ni está sujeta al tráfigo y éxito de los mercaderes, ni a los azares guerreros; depende de la virtud y constancia de modestos heraldos, de Ulises sin escudo ni flechas, sin

tesoros ni mercaderías ni más blasón de aptitud que amor sincero de los ágiles juegos del pensar... Porque pensando se forman las conciencias colectivas, igual que las individuales, y el pensamiento de un grupo corrige, estimula y vigoriza la especulación del grupo análogo; así, por acción y reacción recíprocas, se forman los caracteres y se organizan las culturas.³⁴

Vasconcelos da por terminada su breve visión de América, afirmando que el primer deber de los americanos es de índole teórica: la cooperación filosófica de todos nuestros países a la creación de la idea y la realidad americanas. Y, antes de seguir adelante con sus visiones del México moderno, el joven pensador invita a sus oyentes a no cejar en el ejercicio de ese tipo de cooperación:

He aquí por qué es urgente que nos tratemos, no desde fuera con cortesías y reparos, sino de alma a alma, y que este trato lo veamos como deber hacia una patria común y lo practiquemos con empeño, por modesto que sea el intermediario, por poco que contenga su mensaje. Cumpliendo ese deber os habéis reunido a escucharme.³⁵

Y al final de su conferencia, cumplidas ya sus revelaciones sobre el movimiento intelectual mexicano, Vasconcelos insiste en esta cooperación filosófica, expresando su pensamiento con hermosas metáforas inspiradas en las fantasías de la *Odisea*:

En la labor de estrecho acercamiento que aquí realizamos... haré que mis penas no empañen el esplendor de la danza que van a emprender nuestras almas. Danza sagrada de las ideas, que prometo ejecutar con devoción y sometiénola al rigor de vuestra crítica; hacedla tan severa y acertada que dé conciencia y sentido a mi arte informe. Unidme a vuestros coros, y si mi paso lo halláis torpe y mi actitud lacia, ponedme en el medio de la ideal teoría, entre los ágiles y los hábiles que me contagien del ritmo exacto. Invitad a vuestro huésped a la hora de vuestros vuelos, llevadlo a las cumbres y, aunque muchas veces sintáis que su trepar es lento, no dudéis de su aspiración a la altura. En las más altas cimas conquista el corazón la fuerza y la energía. Cuando allí nos encontremos, no nos será penoso mirar hacia abajo a las cosas de la tierra; las vicisitudes de los pueblos nos parecerán, entonces, transitorias,

y necesarias acaso, para la redención de las almas, semejantes al hondo terremoto que conmueve el interior de la montaña, pero no turba la majestad de la inmensa cordillera.

Y ni siquiera el Ande solemne conseguirá retenernos largo tiempo, que el alma está de viaje y ha de seguir andando...³⁶

La originalidad americana (1916). Ese año de 1916 es uno de los más fecundos en la trayectoria juvenil de Vasconcelos. Además de la conferencia sobre México y del ensayo sobre *Pitágoras*, que se publica en Cuba y constituirá su primer libro, el *licenciado* pronuncia en Lima otra lectura, llamada *Arte creador*, que luego formará parte del tratado sobre *El monismo estético*, y hace imprimir en España *Prometeo vencedor*, especie de alegoría dramática.

Y tanto en la lectura como en la alegoría expresa, una vez más, su *idearium* americano.

Comparando la América moderna con la antigua India, de la "era védica, cuando las tribus cantoras bajaban por las vertientes del Himalaya, hacia los bosques profundos del Indostán, y la maravilla de la naturaleza, con el misterio de las conciencias, produjo las inmensas idealidades de la literatura posterior",³⁷ vuelve a definir nuestra realidad mestiza y a interrogarse sobre las posibilidades de nuestra originalidad espiritual:

Nosotros somos una raza nueva y mezclada, en presencia de otra zona del mundo, hermosa y virginal; pero poseemos mayor preparación cultural, mejor preparación técnica que la que poseyeron los arios primitivos; en consecuencia, estamos comprometidos ante la civilización, a dar frutos todavía mejores. ¿Poseeremos el ímpetu divino, creador de las vastas culturas, o vamos a malgastar nuestras fuerzas en el asombro de lo que podríamos intentar?³⁸

La respuesta es, de nuevo, una invitación a la acción, a la acción artística y a la acción filosófica:

No nos toca resolver, sino cantar y pensar con sinceridad. Los poetas, en toda misión estética, los precursores, ya nos han mostrado cómo se puede crear arte legítimo en consonancia con los nuevos asuntos. Continuemos el sistema por ellos iniciado, tomando

de Europa los secretos del procedimiento, pero conservándonos, o haciéndonos autóctonos en la manera, el misterio y la religiosidad.³⁹

Vasconcelos piensa en los poetas modernistas de América y, ante todo, en el gran Darío que, por esos días, *ha muerto en sus tierras de oro*, tal como le canta el español Antonio Machado. En el gran Darío, el mago que dio nueva vida a la poesía castellana de ambos mundos, después de un letargo de doscientos años, el recreador del moderno americanismo poético, el poeta hispánico total: de América, de España, del mundo entero.

Naturaleza y conciencia, como en los cantores arios, crearán el sentido propio y auténtico de nuestra literatura y nuestro arte, de nuestra estética. El autor se recrea, por un instante, en uno de sus temas más caros: la descripción del paisaje americano, exterior e interno.

Un sentir profundo, iluminado por todas las culturas y exaltado por lo que miramos: cumbres inaccesibles, en el fondo de cielos claros; aire leve y melodioso; Sierra Madre mexicana, sin igual en belleza magnífica; Andes augustos del Sur; mares bravios del Grande Océano; horizontes profundos, perfiles estupendos; ríos generosos, pampas ilimitadas; y en el fondo de las almas, audacias del carácter, ensueños poderosos, sombras y caos, y visiones fulgurantes; la síntesis armoniosa de todo esto, dará el sentido vernáculo, el impulso directriz de la inspiración continental.⁴⁰

Anticipando las tendencias de los grandes pintores muralistas de México, que el propio Vasconcelos sería el primero en apoyar oficialmente, desde la Secretaría de Educación, algunos años más tarde, el joven pensador aboga por un nacionalismo estético, "un nacionalismo vernáculo en la savia, aunque universal en sus finalidades".⁴¹

En América... no se trata de elegir o de cultivar una escuela [como en Europa], sino de crearla; los maestros americanos están llamados a ser iniciadores de tradición. ¿Conforme a qué criterio orientarán su crear incontenible? Complicado es el pathos estético de estos pueblos que son nuevos, pero no primitivos; que se sienten aptos para vibrar con el lirismo impetuoso de los amaneceres; pero

reclaman asimismo la perfección, el refinamiento, la luz meridiana de la madurez. Me explico el contraste porque poseen nuestras almas herencias de gustos exquisitos, de instintos adiestrados y se encuentran con el espectáculo sorprendente de paisajes y acciones que todavía nadie ha cantado. No puede darse mejor oportunidad para las grandes creaciones: tener a nuestra disposición los útiles del arte, la sabiduría del procedimiento, y sólo el asunto totalmente nuevo. Más aún, también cierta novedad de corazón, pues el cruce de las razas ha desplazado en un ligero brinco a distancia, todas las inclinaciones específicas, ya imperiosas en nuestros antecesores, y a nosotros nos toca un período de indecisión y de elección, extraordinariamente propicio para el milagro. Milagro de una conciencia que se dispone a acudir a las sollicitaciones de una naturaleza ansiosa del esfuerzo práctico, capaz de someterla a las mil finalidades de la industria, y ávida de la inspiración iluminada que ha de redimirla de su expresión primitiva, haciéndola pasar transfigurada a los simbolismos y las interpretaciones de un arte, de una literatura, de una cultura.⁴²

Se diría que Vasconcelos, con estas palabras de hace casi cincuenta años, se convierte en el profeta del arte y la literatura de la América contemporánea, en el profeta de Rivera, Orozco, Rivera, Portinari y Guayasamín, de Vallejo, Neruda, Guillén y Paz, de los novelistas y músicos de nuestros días; en el profeta de la actual estética, creadora, como él quería, de “un arte saturado de vigor primitivo, de asunto nuevo, combinando lo sutil con lo intenso, sacrificando la exquisitez a la grandeza, la perfección a la invención; libre para elegir los mejores elementos de todas las culturas; sintético y vigoroso en la obra, capaz de expresar el instante, pero rico asimismo en presagios del porvenir de la raza y del espíritu individual.”⁴³

El mesianismo americano (1916-1920). Uno de los personajes del *Prometeo vencedor*, el filósofo, exclama: “En el porvenir, los imperios no los forjará la espada ni el tráfico, sino el gusto y la simpatía. ¡Los nacionalismos, que son obra de la política, cederán ante los panetnicismos que reclama el espíritu! Los nuevos pueblos se organizarán por lenguas: la Confederación Española, la Inglesa, el Japón y Rusia, la India; he ahí las futuras potencias.”⁴⁴

La lengua, sangre y expresión del espíritu, será el vehículo de unión de las grandes unidades sociales del futuro; o lo serán el gusto y la simpatía, clave del sistema filosófico que Vasconcelos se prepara a construir; o lo será, también, "la manera particular de comprender la belleza" (idea que al joven maestro le sugirió una bailarina portuguesa en el Teatro Municipal de Lima, en 1916, según su peregrina confesión).⁴⁵ La filosofía, por último, podrá ser también el vínculo de unión de Occidente y Oriente:

Hace dos o tres siglos que no hay en Europa pensamiento filosófico original [!], y desde esta misma época, nuestro mundo mental se ha venido infiltrando de lo hindú y no está lejano un florecimiento que exprese esta síntesis, por medio de grandes obras de todo género, como las que dieron esplendor al Renacimiento, sino el primer caso en la historia del mundo, de una cultura verdaderamente universal, no de eruditos, sino de grandes creadores que construyan con los elementos de todas las edades.⁴⁶

Así se expresa en *El monismo estético* (1918). La idea se prolonga en los *Estudios indostánicos* (1920): "Y en ninguna parte ese renacimiento será más fecundo que en la América Latina y en la raza española, raza siempre alerta para las empresas místicas. Y no sólo los pueblos hispanoamericanos, que preparan una nueva cultura; todo el pensamiento occidental está llamado a renovarse con las influencias hindúes."⁴⁷

La unión de Oriente y Occidente producirá, en definitiva, una nueva filosofía: "Una filosofía que ya no sea expresión de una sola raza, ni obra de una sola época, sino resumen y triunfo de toda la experiencia humana: una filosofía *mundial*."⁴⁸

Esta nueva filosofía universal, que sea suma y síntesis de la sabiduría de toda la humanidad, es la filosofía que se está creando en América, cuyos pueblos "preparan una nueva cultura" y donde será más fecundo que en ninguna otra parte ese renacimiento que exprese la compenetración espiritual de los pueblos occidentales y orientales.

La filosofía será, pues, origen y meta de esta unificación cultural; será a la vez el vehículo de unión y el resultado de

ésta. Esta misión teórica de la filosofía se identifica, en cierta manera, con la misión histórica de América, continente que será también origen y meta de la unificación humana universal; América será a la vez vehículo de unión de todos los pueblos de la tierra y el resultado de esta unión. De modo que, por arte de las asociaciones lógicas, América y su filosofía se identifican en su misión y en su ser ontológico. La conclusión será: el ser de América está en su filosofía, América es su filosofía.

Así, pues, el pensamiento de José Vasconcelos, hacia 1920, está dominado por la idea de la unión definitiva de los pueblos. Para él, todo anuncia la creación de unos cuantos bloques raciales, políticos y culturales que dominen el mundo (predicción que los acontecimientos posteriores del siglo xx no han hecho sino confirmar); y todo anuncia ya el surgimiento de América, como pueblo-mesías de la historia universal (teoría del mesianismo americano que sólo el correr de los siglos podría confirmar).

La idea básica de *La raza cósmica* se va perfilando con progresiva claridad.

Por mi raza hablará el espíritu (1921-1924). Primero, rector de la Universidad Nacional (1920-1921); luego, secretario de Educación Pública (1921-1924). Éste es el período más importante de la vida de Vasconcelos, en cuanto maestro. Él es, entonces, el conductor espiritual de México. La vida de su país, en lo pedagógico e intelectual, depende de él. Del acierto con que Vasconcelos cumplió su cometido, ha hablado ya la historia. De querer buscar semejantes en América a su obra educativa, habría que pensar en la gestión de Sarmiento cuando fuera presidente de la Argentina. Y en uno y otro la acción está ligada a la reflexión sobre su patria y su continente. Son hombres que igualan con la vida el pensamiento, según la vieja máxima castellana. Son hermanos: el mayor, triunfante, realizador; el menor, iluso visionario, derrotado a la postre, pero no por ello menos heroico. Y ya hemos visto que él estaba preparado, desde la juventud, para el fracaso, que es "la prolongación de la vida."

Así se ve a Vasconcelos, como rector, disponer la creación del nuevo escudo de la Universidad Nacional de México:

...A fin de que los mexicanos tengan presente la necesidad de fundir su propia patria con la gran patria hispanoamericana que representará una nueva expresión en los destinos humanos, se resuelve que el escudo de la Universidad Nacional consistirá en un mapa de la América Latina con la leyenda *Por mi raza hablará el espíritu*; se dignifica en este lema la convicción de que la raza nuestra elaborará una cultura de tendencias nuevas, de esencia espiritual y libérrima.⁴⁹

A fines de 1922, ya muy avanzada su obra ministerial y a su regreso del viaje a la América del Sur —que se relata en el libro de *La raza cósmica*, Vasconcelos pronuncia en Washington una conferencia sobre su propia labor educacional. En este escrito, que el autor calificará luego de *pésimo*,⁵⁰ se insiste, con obsesión de iluminado, en el propósito final que inspira la acción del gran ministro. Allí se habla de las veinte naciones, hermanas por la sangre y por la lengua, que se han de unir y han de crear una nueva y más alta expresión del espíritu latino, y que, abiertas a todas las razas, harán un nuevo ensayo de vida colectiva, fundado en la belleza, privilegio que nuestra raza busca como una ley divina.⁵¹

Cuando los estudiantes colombianos le nombran “maestro de la juventud”, en 1923, Vasconcelos responde con una carta que es paradigma del credo americano:

La mezcla libre de razas y culturas... producirá... el... universalismo... si la ductilidad y la fuerza ibéricas ponen la base de un tipo realmente universal. La conciencia de esta misión late en todos los pueblos de la América Latina y da impulso al latinoamericanismo contemporáneo. Un moderno latinoamericanismo de Bolívar, porque el de entonces era un sueño político, en tanto que el de ahora es étnico. Bolívar quería una Liga de Naciones Americanas, que no excluía a los Estados Unidos del Norte. Nosotros queremos la unión de los pueblos ibéricos sin excluir a España y comprendiendo expresamente al Brasil, y tenemos que excluir a los Estados Unidos, no por odio, sino porque ellos representan otra expresión de la historia humana.⁵²

Con una crudeza solo comparable a la que el autor empleará al final de su vida, Vasconcelos revela luego su profunda visión del pasado americano, en la época crucial de la Independencia: "...La patria no es tan sólo el territorio y la libertad política, sino también y principalmente la estirpe, es decir, el tipo de cultura a que cada pueblo pertenece. La mera nacionalidad se forja en papeles; la estirpe la constituye la vida. La creación de las nacionalidades latinoamericanas fue un caso de suicidio colectivo. Bolívar lo comprendió... Nuestra independencia estuvo en el papel y nuestro decoro en el fango. Países de opereta trágica, razas bastardas, hemos sido los simios del mundo, porque habiendo renegado de casi todo lo propio nos pusimos a imitar sin fe y sin esperanza de crear." 53

Aquello es el pasado, un destino que tiene que transformarse; porque el futuro ofrece perspectivas grandiosas:

...Hemos llegado por fin al período decisivo en que vivimos, para escuchar que de uno a otro confín surge renovado el concepto bolivariano, pero ahora mucho más profundo, porque ahora ya no busca la liga política para fines abstractos, sino la integración de una raza que llega al instante de su misión universal. ¡Dichosa la juventud latinoamericana que llega a la vida cuando se sientan las bases de un nuevo período de la historia del mundo! 54

Para organizar todas las ideas anteriores en un esquema filosófico que les dé sentido y las jerarquice, Vasconcelos elabora, por último, una *Nueva ley de los tres estados*, escrita aún en sus días de la Secretaría de Educación, hacia 1924. Motivo central de su pensamiento histórico-social y antecedente inmediato de la sistematización de su ideario continental —cuando la *doxa* de América pasa a ser *episteme* de América—, esta *nueva ley* vuelve a aparecer en *La revulsión de la energía* (1924), en *La raza cósmica* y en *Indología*.

"Esta ansia contemporánea de rebasar el patriotismo, de dilatar fronteras, de celebrar pactos y alianzas según nuestro gusto y no de acuerdo con nuestras conveniencias materiales, este poderío del espíritu que en todos los órdenes se afirma avasallador, nos permite formular una ley de desarrollo, una

especie de "ley de los tres estados" —tomando en Comte sólo el nombre—, una ley de tres períodos de la organización de los pueblos." 55

A la manera de Comte, que interpretó la evolución de la humanidad como integrada por tres etapas, la teológica, la metafísica y la positiva, Vasconcelos habla de tres estados, que son: el material o guerrero, el intelectual o político, y el espiritual o estético.

Los tres estados representan un proceso que gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y la fantasía.

En el primer estado manda sólo la materia; los pueblos, al encontrarse, combaten o se juntan sin más ley que la violencia y el poderío relativo. Se exterminan unas veces o celebran acuerdos atendiendo a la conveniencia o a la necesidad. Así viven la horda y la tribu de todas las razas.⁵⁶

En el segundo período tiende a prevalecer la razón que artificioosamente aprovecha las ventajas conquistadas por la fuerza y corrige sus errores. Las fronteras se definen en tratados y las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas de las conveniencias recíprocas y la lógica: el romanismo es el más acabado modelo de este sistema social racional, aunque, en realidad, comenzó antes de Roma y se prolonga todavía en esta época de las nacionalidades. . . Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo período en que estamos presos, y del cual es menester salir.⁵⁷

"El tercer período está por venir y lo llamaremos estético, porque en él las relaciones de los pueblos se regirán libremente por la simpatía y el gusto. El gusto que es ley suprema de la vida interior y que hacia fuera se manifiesta como simpatía y belleza, llegará a ser entonces la norma indiscutible del orden público y de las relaciones entre los estados." 58

En este tercer período, que Vasconcelos llamará luego el período de la raza cósmica, "la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que explica pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. Las normas las dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de regias, inspira-

ción constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado y más allá del bien y del mal, en el mundo del *pathos* estético, sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, esa es la tercera etapa.”⁵⁹

Abelardo Villegas, que ha estudiado a fondo el sistema filosófico de Vasconcelos, dice, luego de interpretar la *ley de los tres estados*: “A la luz de estos conceptos ya puede comprenderse el lema que resume la filosofía de Vasconcelos y está estampado en el escudo universitario: ‘Por mi raza hablará el espíritu.’ Si recordamos que el uso de la emoción en el arte es en realidad ‘una auténtica revelación que penetra los sentidos del artista,’ veremos que la Raza Cósmica, o mejor su anticipación, la raza iberoamericana, está elegida por el espíritu para realizar la finalidad de la historia. Así como en el conocimiento la verdad o recreación del universo se logra por medio de las leyes de la emoción, el iberoamericano haciendo uso de las mismas sintetiza todas las razas, es decir, recrea la humanidad. La razón, predominante en el sajón, es analítica, abstractiva, y en historia discriminativa. La emoción en el conocimiento y en la historia es unitiva. Y si nosotros hacemos uso de ella —por merced del espíritu— nuestro particularismo o nacionalismo se resuelve en universalidad, que es estado preparatorio del término de la historia y el comienzo de la vida eterna espiritual.”⁶⁰

Vasconcelos, que ha visitado ya el Brasil, profetiza su futura grandeza espiritual y material, como una de las primeras potencias del mundo, y sueña en la futura unidad de brasileños e hispanoamericanos, en la plenitud del estado estético: “Allí la simpatía unirá las conciencias y la pasión amorosa romperá las barreras políticas. Allí la común sensibilidad estética desarrollará una cultura homogénea; el ideal colectivo prevalecerá sobre las rivalidades del interés y siendo como uno en el alma seremos uno en historia y en bienes —los hispanos

y los lusitanos—, hasta el día en que pueda decirse igual cosa de todos los pueblos de la tierra, en esta civilización indoeuropea que hace tiempo adoptó la divisa de América para la Humanidad.”⁶¹

Hacia fines de 1924, al concluir su muy ilustre gestión ministerial, puede darse por concluida esta etapa de formación de la idea de América en el pensamiento de José Vasconcelos. América entendida como patria de una “raza universal”,⁶² o, como dirá luego el autor, de una “raza cósmica”.

En pocas palabras, este proceso ideológico puede formularse de la siguiente manera.

En un principio, la idea de América se le aparece a Vasconcelos en el sentido vago del porvenir de “nuestra raza latina” (1905-1911); luego, meditando en el ser mestizo de nuestra estirpe, aún no totalmente fusionada en lo físico ni en lo espiritual, el joven pensador habla de la “futura gran raza” de nuestra América, que es “obra de mestizos, de dos o tres razas por la sangre y de todas las culturas por el espíritu” (1916); al mismo tiempo, se pregunta si esta inédita raza posee “el ímpetu divino, creador de las vastas culturas”, en el cual él cree ciega e impetuosamente, aunque aconseje prudencia y acción como respuesta (1916); más adelante expresa esa ciega e impetuosa creencia en una especie de mesianismo americano, de carácter dogmático y místico,⁶³ que concibe a América como pueblo-mesías de la historia universal (1916-1920); por último, llega a la formulación de su *Nueva ley de los tres estados*, esquema filosófico a la luz del cual elabora su “teoría general de América”, su doctrina de *La raza cósmica* (1921-1924).

Veinte años dura este largo proceso. En su autobiografía, el propio autor hará memoria del fin de esa etapa ideológica, marcado por el nacimiento de su profético libro:

“Derivada de la tesis que publiqué en los días del Ministerio sobre la Ley de los Tres Estados. . ., imaginé una teoría radical del continente, una doctrina del mestizaje. Para desarrollarla, comencé el libro que recopila incidencias de mi viaje a la América del Sur y formula lo que llamé, un poco indebidamente, *Teoría de la Raza Cósmica*. Con fiebre de

producción, tuve días de escribir dieciséis páginas del libro..."⁶⁴

De este modo, en la plenitud vital de los cuarenta y dos años, en la alborada de la madurez intelectual y filosófica, un día —¡feliz día!— José Vasconcelos empieza a escribir febrilmente:

"...El continente americano contiene algunas de las más antiguas zonas del mundo. La masa de los Andes es, sin duda, tan vieja como la que más del planeta. Y si la tierra es antigua, también las trazas de vida y de cultura humana se remontan a donde no alcanzan los cálculos. Las ruinas arquitectónicas de mayas, quechuas y toltecas legendarios son testimonio de vida civilizada anterior a las más viejas fundaciones de los pueblos del Oriente y de Europa..."⁶⁵

NOTAS

1 Leopoldo ZEA, *La filosofía como compromiso y otros ensayos*, México, 1952, pp. 155-159.

2 *Ibid.*, pp. 155-156.

3 *Ibid.*, p. 156.

4 *Ibid.*, p. 157.

5 *Ibid.*, pp. 157-158.

6 CONDE DE KEYSERLING, *Meditaciones suramericanas*, Madrid, 1933, p. 98.

7 Abelardo VILLEGAS, *La filosofía, en México y la cultura*, México, 1961, p. 733.

8 Nota preliminar, en José VASCONCELOS, *Obras completas*, Tomo 1, México, 1957, p. 7.

9 *Obras*, 1, p. 35.

10 *Ulises criollo* (1936), en *Obras*, 1, p. 668.

11 *Obras*, 1, p. 38.

12 *Obras*, 1, p. 56.

13 *Ibid.*

14 *Ibid.*

15 Así le presenta la *Revista de Revistas*, México, 25 de junio de 1911. Cfr. Antonio CASO et al., *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Segunda edición, México, 1962, pp. 135 y 138.

16 *La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país*, en *Ibid.*, p. 138.

- 17 *Ibid.*
- 18 Adapto aquí algunos párrafos de una nota mía sobre *La generación mexicana de 1920*, en *Historia Mexicana*, Vol. XII, Núm. 1, julio-septiembre de 1962, pp. 147 ss.
- 19 *Obras*, I, p. 74.
- 20 *Obras*, I, p. 59.
- 21 *Obras*, I, p. 58.
- 22 *Obras*, I, pp. 58-59.
- 23 *Obras*, I, p. 59.
- 24 *Ibid.*
- 25 *Obras*, I, p. 60.
- 26 *Ibid.*
- 27 *Ibid.*
- 28 José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, Tercera edición, Madrid, 1922, p. 116.
- 29 *Obras*, I, p. 61.
- 30 *Ibid.*
- 31 *Ibid.*
- 32 *Ibid.*
- 33 El segundo *Fausto* de Goethe, dice: *Eröffne ich Räume vielen Millionen*. La asociación de este grito fáustico al sentido de la obra de los maestros americanos, procede de Alfonso REYES, *Pasado inmediato y otros ensayos*, México, 1941, pp. 141-142.
- 34 *Obras*, I, p. 61.
- 35 *Obras*, I, p. 62.
- 36 *Obras*, I, pp. 77-78.
- 37 *Arte creador* (1916), en *El monismo estético, ensayos*, México, 1918, p. 48.
- 38 *Ibid.*
- 39 *Ibid.*
- 40 *Ibid.*, p. 49.
- 41 *Ibid.*, p. 47.
- 42 *Ibid.*, pp. 48-49.
- 43 *Ibid.*, p. 56.
- 44 *Obras*, I, pp. 257-258.
- 45 *La raza cósmica, misión de la raza iberoamericana* [1925], Tercera edición, México, 1948, p. 61.
- 46 *El monismo estético* (1918), pp. 100-101.
- 47 *Estudios indostánicos* (1920), en *Obras completas*, Tomo III, México, 1959, pp. 95-96. (En este libro, Vasconcelos ha expresado también su "fe en las razas tropicales y mestizas").
- 48 *Ibid.*
- 49 *El nuevo escudo de la Universidad Nacional* (1921), en *Obras completas*, Tomo II, México, 1958, p. 777.
- 50 *El desastre* (1938), en *Obras*, I, p. 1338.

- 51 *Obras*, II, pp. 873-874.
- 52 *Obras*, II, p. 818.
- 53 *Ibid.*
- 54 *Obras*, II, p. 819.
- 55 *La raza cósmica*, p. 38.
- 56 *Ibid.*
- 57 *La raza*, p. 39.
- 58 *Nueva ley de los tres estados*, en *Obras*, II, p. 839.
- 59 *La raza*, p. 40.
- 60 A. VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano*, México, 1960, pp. 95-96.
- 61 *Obras*, II, pp. 846-847.
- 62 *La revulsión de la energía* (1924), en *Obras*, III, p. 383.
- 63 A. VILLEGAS, *La filosofía de lo mexicano*, p. 96.
- 64 *El desastre*, en *Obras*, I, p. 1510.
- 65 *La raza cósmica*, p. 13.